

Los ídolos de Roma y sus altares,  
El dolor tiene fin; la tumba es fosa  
De claridad divina; Dios al yugo  
De la muerte cedió, sufrió su imperio,  
La aceptó por verdugo;  
Mas al alzarse del Eterno y Fuerte  
Sobre el cadáver santo,  
Para consuelo del amor y el llanto,  
¡Enclavada en la cruz murió la muerte!....

IV.

Dejad que las campanas  
Repitan su canción: ¡Niños, ancianos,  
Huérfanos sin hogar, madres dolientes,  
Que del dolor en las terribles sañas  
Con lágrimas sin fin llorais al hijo  
Que tuvo por altar vuestras entrañas!....  
¡Empezad la oración!.... ¡Ese sonoro  
Rumor triste del bronce; esa armonía,  
Forma sentida del mundano lloro;  
Ese gemido que el espacio llena  
Y á Dios el eco de los mundos lanza,  
No es acento de duda ó de rencores,  
Que si llora en su voz nuestros dolores,  
Acompaña también nuestra esperanza!....

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

ODAS.

Á NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA  
ELENA Á FRANCIA EN 1840.

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;  
No hay tempestad; el Océano calla;  
El te conoce ya como si fuera  
Tu bridon generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo  
La voz de tu alma con su Dios á solas,  
Allá en las noches de tu inmenso duelo,  
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia  
Que tu ojo moribundo requería:  
Ya, ya se pierde en la brumal distancia  
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime  
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!  
El mundo siente en su estupor sublime  
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són, empero, de repente agita  
El velo que la mar cubre y el viento?  
¿No la conoces tú? ¿Ya no palpita

Tu inmóvil corazón al grande acento?  
Es tu pueblo frances. Los santos lazos  
Que la Europa deshizo atar la engrio:  
El te recibe en sus abiertos brazos  
Y tu sombra magnánima sonrie.  
¿Sourir? Pero no. Cuando extendida  
Bajo un dosel de palmas militares,  
Mueve á tus piés tu capital querida  
El mar de sus oleadas populares;  
Si, sonando una voz en torno al ara  
E interrumpiendo aplausos y armonías,  
«¿Qué Francia es esa Francia?» preguntára,  
Cadáver siempre vivo, ¿qué dirías?  
Tú fuiste á despertar á un pueblo esclavo,  
No temible á la Europa en su ignorancia;  
Fuiste á decir al scita y al esclavo,  
Tú les fuiste á decir: «Hay una Francia.»  
Así, moviendo el corazón romano  
A la alta empresa de su gloria un dia,  
En sus oscuros bosques al germano  
César le fué á decir que Roma habia.  
Y el germano fué á Roma y en la tumba  
De César se sentó. Vagando incierta,  
Así la voz de las conquistas zumba  
Y á los pueblos atónitos despierta.  
Y ella les dice su destino. ¡Oh, cuanto  
Los lentos siglos á la Europa tardan!  
¿Quién las horas dirá de mudo espanto,  
¿Quién dirá el porvenir que ellos le guardan?  
¡Napoleon! ¡Napoleon! El dia  
En que, temblando el ámbito europeo,  
En el ocaso del destino hundia  
Tu sol de gloria el disco giganteo;  
En que, arrastrando el genio de la historia  
Inmenso luto en generosa pena,

Fuiste á expiar el crimen de tu gloria,  
Como el Luzbel de Europa, en Santa Elena;  
En aquel entre todos triste dia  
De sosiego y de asombro á las naciones,  
Que tu gran corazón se enflaquecia  
Y el águila se huyó de sus legiones;  
En aquel dia en que, el silencio roto  
Que guardaba la Europa en tu presencia,  
La paz del mundo ejecutó su voto  
Y firmaron los reyes tu sentencia;  
¿No viste en tu vendido Capitolio,  
Con aplauso y escándalo de Europa,  
Trotar por las alturas de tu sòlio  
De un Czar salvaje la salvaje tropa?  
¿Qué extraño ya (la osada fantasía  
Mira avanzar los genios del destino),  
Qué extraño ya que emprendan otro dia  
Las fieras hordas el fatal camino?  
Allí do nuevos pueblos amanecen,  
Allí está el porvenir. Y hoy cuando tornas  
A este suelo frances do ya no crecen  
Los lauros ¡ay! con que tu frente adornas,  
¿No sientes, di, Napoleon, no sientes,  
Aun de la muerte en la insondable estancia,  
Que acaba de sonar en el Oriente  
Un nuevo Waterlòo para la Francia?  
¿No escuchas el rugido y los furoros  
Del leopardo que el piélago domina,  
Y hace indignos de tí los Tres Colores  
Y tambien en la tumba te asesina?  
¿No oyes la voz de tu rival sangrienta  
Que á los pueblos asiáticos asombra,  
Y zumba en las Pirámides y ahuyenta  
Tu águila excelsa y tu enojada sombra?  
¿Qué paz es esa paz? ¿Qué Francia es esa?

Mas ¡ay! que acaso se levante un dia,  
Y renovando la tremenda empresa,  
Ella misma se espante en su osadía.  
Sí, que, aunque atados á la espalda lleva  
Los brazos poderosos el gigante,  
El suelo tiembla si á moverse prueba  
Y la Europa se mira en su semblante.  
Ya sonará la guerra. El gran momento  
Por la oscura region del tiempo avanza;  
La Francia, dando su estandarte al viento,  
Soltará en las naciones su venganza.  
¡Guerra aquella será que el mundo llora  
Con funeral presentimiento! Entonces  
Cortará la segur niveladora  
Cuanto dejen en pié marciales bronce.  
Entonces ¡ay! al recordar la historia,  
De quien tu Francia y tú nacisteis hijos,  
Cubrirá las efigies de tu gloria,  
En tí los ojos con espanto fijos.  
Los tronos derretidos como cera,  
Tronos y altares, leyes y blasones;  
Los pueblos consumiéndose en la hoguera,  
La Europa ardiendo como cien liones;  
¿Esta la dicha fué que allá en el dia,  
Tribuno emperador, de tus hazañas  
Á los pueblos incautos prometia  
La hidra que te abortó de sus entrañas?  
Tan negro porvenir finge la idea,  
Por siniestros presagios combatida:  
No hay salvacion para la Europa atea,  
De los siglos que fueron desprendida.  
Y al contemplar tan iracundos hados,  
Dueños del mundo y de los hombres dueños,  
A los ojos de sangre salpicados  
Aun los Napoleones son pequeños.

Pequeño tú tambien. La fantasía,  
Sin penetrar el formidable arcano,  
Dignos de tu grandeza sólo via  
Dosel el cielo, tumba el Océano.

Mas al cumplir tu voluntad postrera  
Cumple el destino sus ocultas leyes:  
César, tu Bruto fué la Europa entera,  
Pero tú fuiste el Bruto de los reyes.

Vuelve, pues, vuelve, pues, donde presidas  
La última saturnal de los esclavos:  
Aquí, como en tu roca, ennegrecidas  
Nubes te cercarán y mares bravos.

Que en esa tumba do á los pueblos quedan  
El contagio y los triunfos de tu audacia,  
Las tempestades de los siglos ruedan  
Y estrellan contra tí la democracia.

Vuelve, y tu crimen y el de Francia expia:  
Cuando surja de nuevo la honda plaga,  
Los prestigios que el mundo obedecia,  
Humo serán que al viento se deshaga.

¿A qué invocar en el horrendo trance  
Al nuevo Atila que en el Norte asoma?  
No es menester que el Septentrion los lance:  
Los bárbaros están dentro de Roma.

Vive, vive en tu tumba, en ella espera:  
Dios al mirarte arruga el sobrecejo:  
La historia, esa deidad tambien severa,  
Te llama el Tamerlan de un pueblo viejo.

### Á LAURA.

Laura, Laura, soy yo. Mi triste acento  
Vaya esta vez á lastimar tu oído;

Eco desgarrador, hondo lamento  
Del amor y el placer desvanecido.

Laura, Laura, soy yo. Y el alma mía,  
Tras el bien ideal siempre corriendo,  
Con su nunca engañada simpatía  
Que aún te acuerdas de mí me está diciendo.

Que si amor suele unir los corazones  
Con guirnaldas que el céfiro arrebató,  
También tiene cadenas de eslabones  
Que la tumba quizás no los desata.

Yo arrastro esa cadena. Y tú, que un día  
A cuya última luz morir debimos,  
Tu alma sintió lo que sintió la mía  
Y un alma sola para amar tuvimos;

Cuando anheles la dicha, cuando, hastiada  
De tanto bien como halagó tu vida,  
Vuelvas la planta atrás por la encantada  
Region feliz de la ilusión querida;

Por mustias que halles las antiguas prendas  
Las flores muertas, los verdores secos,  
A mí te llevarán todas las sendas  
Y de mí te hablarán todos los ecos.

Mas no, no, que soy yo. Laura, es el niño  
Tímido, silencioso, enamorado  
Que llevaba en su pecho tu cariño  
Como esencia purísima encerrado;

Es aquel niño que en el lento fuego  
De ignorada pasión se consumía,  
Y alucinado y delirante y ciego,  
Adorado imposible te veía;

Que en su misma ilusión embebecido,  
Sin osar hasta tí tender su vuelo,  
Como en las alas de su amor subido,  
De tu divino amor se halló en el cielo;

Aquel que tu alma desgarró mil veces

Con celos, con rigores, con agravios,  
Que apuré la pasión hasta las heces  
Pendiente de tus ojos y tus labios.

Laura, ¿lo escucharás? ¡Cuánto recuerdo  
A tu existencia y tu hermosura unido!  
¡En cuáles mundos de ilusión me pierdo  
De tu nombre no más, Laura, al sonido!

Ora es la noche, el solitario monte,  
El moribundo sol y el viento blando,  
La alba luna que argenta el horizonte,  
Tú y yo en la soledad gozando, amando.

Ora ya el sol con su primer mirada,  
Cuando los campos á dorar empieza,  
Y en su lecho de flores reclinada  
Despertando al placer naturaleza;

Y yo aspirando en mi ilusión de amores  
Las brisas de ámbar de la blanca aurora,  
Y tú conmigo entretejiendo flores,  
Mi dulce Vénus, mi brillante Flora.

O ya en las selvas bajo el rayo estivo,  
Entre alamedas de verdura y sombra,  
Al són del arroyuelo fugitivo  
Adormecidos en la blanda alfombra;

Cual dos pastores de los siglos de oro  
De Arcadia ó de Amatunta en las florestas,  
De los goces del campo el gran tesoro  
Apurando los dos en largas siestas.

¡Oh Laura! Hasta los ecos balbucientes  
De la musa infantil de mi poesía,  
Hasta aquellas imágenes rientes,  
Olimpo de mi tierna fantasía;

Sí, todo, todo cuanto fué mi gloria  
En aquel tiempo por mi mal pasado,  
Revive y se levanta en mi memoria  
Al poder de tu nombre idolatrado;

Y cuando considero lo presente  
Y esta ausencia infinita considero,  
Pienso que de mí mismo estoy ausente  
Y nada ya de la existencia espero.  
Mejor fuera olvidar. Mas ¡ay! en vano  
Quiero borrar del alma ilusionada  
Aquel país de resplandor lejano  
Donde siempre te encuentro á mí abrazada.  
¡Ah! ¿Por qué no es así toda la vida?  
¿Por qué la dicha misma se convierte  
En sombra de dolor al alma asida  
Con recuerdo tenaz hasta la muerte?  
¿Por qué, al dejar con nuestra edad primera  
El palacio de encantos é ilusiones  
Donde se agota por la vida entera  
El raudal de las puras emociones ;  
¿Por qué al pisar del mundo los umbrales,  
Cuando vais á espirar, horas dichosas,  
Por qué no se nos clavan cien puñales  
Donde al ménos muramos entre rosas?  
¡Ah! ¿Por qué el corazón, copa vacía  
Del licor de la fe, del entusiasmo,  
No se nos cae del pecho ¡oh Laura! el día  
Que en sus heces gustamos el sarcasmo?  
¿Por qué llega en la vida un fiero instante  
Que, áun del amor que verdadero ha sido  
Sólo queda un recuerdo agonizante  
Cual la luz de la tumba del olvido?  
¿Por qué, por qué también el tiempo corre  
En lo que nunca se soñó pasado,  
Y esto te escribo yo sin que lo borre  
Sangre del corazón despedazado?  
¿Por qué al primer amor sobrevivimos,  
Al primer Dios, á la primera creencia,  
Y altares á otros dioses erigimos,

**O** sólo queda un Dios, la indiferencia?  
Pero no temas, no, que yo marchite  
De tus dulces creencias los objetos ;  
No temas, no, que en tu presencia agite  
De mi seca razón los esqueletos ;  
Que áun de tu vista y de tu voz lejano,  
Como en la aurora de mi amor yo siento  
El noble freno de tu hermosa mano,  
El blando influjo de tu blando acento.  
Reconóceme, Laura, soy el mismo ;  
Un inmenso volcán mi fantasía,  
Mi mente abismo, inmensurable abismo,  
Y tuya, siempre tuya, el alma mía.  
Y ¡oh! ¡si áun pudiera reclinar mi frente  
En el seno feliz de tus hechizos,  
Y sentir agitar tu mano ardiente  
De mi sien juvenil los blondos rizos!  
¡Oh! ¡Si á mis ojos áun velar pudieras  
Con la venda feliz de tus halagos  
De esta imaginación, todo quimeras,  
El devorante fuego y los estragos!  
Pero no puede ser. ¡Dulces amores,  
Única dicha, cuanto breve cierta,  
Aunque volvierais con las mismas flores,  
Vuestro sol era el alma, y está yerta!  
¡Oh sueños! ¡Oh memorias! ¡Oh alegrías!  
¡Oh ya lejana cuanto dulce historia!  
Laura, no volverán aquellos días ;  
Pero inmortales son en mi memoria.

## SONETOS.

### LA PRIMAVERA.

¡Oh campos! ¡Oh deleites! ¡Oh hermosuras!  
¡Oh rica aurora en rosicler y en gualdal  
¡Oh flores que en balsámica guirnalda  
Os derramais por la feraz llanura!  
¡Oh bosques de prolífica espesura  
Que de los montes recamais la espalda!  
¡Oh vivas auras que de falda en falda  
La fragancia llevais y la frescura!  
¡Oh hermoso rio que el genial tesoro  
Dilatas por la espléndida ribera,  
Fluctuante espejo del naciente dial  
¡Oh claro cielo de amaranto y oro!  
¡Oh mañana del año! ¡Oh primavera!  
¡Oh alma esposa del sol! ¡Oh Andalucía!

### EL AQUILON.

Él es... Él es... Ya viene... El polo cruje,  
El sol se vela en la extension remota,  
El mar se encoleriza y se alborota,  
La tierra se estremece, el aire muge.  
Ya viene, ya se acerca y silba y ruge;  
La tempestad de entre sus alas brota;  
Ya anuncia la agorera gaviota  
La lluvia que aún resiste al alto empuje.

¡Aquilón! ¡Aquilón! Lira sublime  
De la naturaleza entusiasmada,  
Que en tí canta, en tí llora y en tí gime,  
Vén y atruena la esfera al són turbada;  
Tu vibración al universo imprime,  
Y en los brazos me arrulla de mi amada.

### GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

### Á LA POESÍA.

¡Oh tú, del alto cielo  
Precioso dón, al hombre concedido!  
¡Tú de mis penas íntimo consuelo,  
De mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente poesía,  
Dicta el acento de la lira mía!  
Dictalo, sí, que enciende  
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
La poderosa voz — que espacios hiende —  
Para aclamar tu excelso poderío;  
Y en la naturaleza augusta y bella  
Buscar, seguir y señalar tu huella.  
¡Mil veces desgraciado  
Quien — al fulgor de tu hermosura ciego —  
En su alma inerte y corazón helado  
No abriga un rayo de tu dulce fuego;  
Que es el mundo sin tí templo vacío,

Cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;  
Doquier el alma, estremecida, siente  
Tu influjo inspirador. El grave giro  
De la pálida luna, el refulgente  
Curso del sol, la tarde, la alborada.....  
Todo me habla de tí con voz callada.

En cuanto ama y admira  
Te halla mi mente. Si huracan violento  
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;  
Si con rumor responde soñoliento  
Plácido arroyo al aura que suspira.....  
Tú alargas para mí cada sonido  
Y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,  
A la apacible y dulce primavera,  
Al grave otoño y al invierno sano  
Me embellece tu mano lisonjera;  
Que alcanzan, si los pintan tus colores,  
Calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué á tu dominio inmenso  
No sujetó el Señor? En cuanto existe  
Hallar tu ley y tus misterios pienso;  
El universo tu ropaje viste,  
Y en su conjunto armónico demuestra  
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡ Todo renace!  
Tu creadora voz los yermos puebla;  
Espacios no hay que tu poder no enlace;  
Y rasgando del tiempo la tiniebla,  
De lo pasado al descubrir ruinas,  
Con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,  
Levántanse del fondo del olvido,  
Ante tu tribunal, siglos pasados;

Y el fallo que pronuncias — trasmitido  
Por una y otra edad en rasgos de oro —  
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente  
Rompe las sombras del error grosero;  
La verdad preconiza; de su frente  
Vela con flores el rigor severo,  
Dándole al pueblo, en bellas creaciones,  
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime  
Ennoblece la lid; tu épica trompa  
Brillo eternal en el laurel imprime;  
Al triunfo presta inusitada pompa;  
Y los ilustres hechos que proclama  
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores  
A la beldad consagras tus acentos;  
Si retratas los tímidos amores;  
Si enalteces sus rápidos concentos;  
A despecho del tiempo en tus anales  
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan  
Del amante Petrarca los gemidos;  
Los siglos con sus cantos se enajeran,  
Y unos tras otros — de su amor movidos —  
Van de Valclusa á demandar al aura  
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro  
A conquistar el lauro refulgente  
Que humilde acato y entusiasta admiro  
De tan gran vate en la inspirada frente;  
Ni ambicionan mis labios juveniles  
El clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas  
Seguir es dado á mi insegura planta.....

Mas — abrasada al fuego que destellas —  
¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa  
Mi pobre ofrenda estremecida elevó,  
Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Quando las frescas galas  
De mi lozana juventud se lleve  
El veloz tiempo en sus potentes alas,  
Y huyan mis dichas como el humo leve,  
Serás aún mi sueño lisonjero,  
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entónces,  
¡Virgen de paz, sublime poesía!  
No transmitir en mármoles ni en bronces  
Con rasgos tuyos la memoria mia;  
Sólo arrullar, cantando, mis pesares,  
A la sombra feliz de tus altares.

A LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO

D. JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

Voz pavorosa en funeral lamento  
Desde los mares de mi patria vuela  
A las playas de Iberia; tristemente  
En són confuso la dilata el viento;  
El dulce canto en mi garganta hiela,  
Y sombras de dolor viste á mi mente.  
¡Ay! que esa voz doliente  
Con que su pena América denota  
Y en estas playas lanza el Océano,  
¡Murió! pronuncia, el férvido patriota....»  
«¡Murió! repite, el trovador cubano»;  
Y un eco triste en lontananza gime;

«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»  
¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¡La muerte impía  
Apagar pudo con su soplo helado  
El generoso corazón del vate,  
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?  
¿No ya en amor se enciende, ni agitado  
De la santa virtud al nombre late?....

Bien mal cede al embate  
Del águila sañoso el roble erguido;  
Así en la fuerza de su edad lozana  
Fué por el fallo del destino herido....  
Astro eclipsado en su primer mañana,  
Sepúltnle las sombras de la muerte,  
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡númen feliz! ¡nombre divino!  
¡Idolo puro de las nobles almas!  
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!  
Ya enmudeció tu cisne peregrino....  
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
Tu sol de fuego, tu brillante cielo....?

Ostenta, sí, tu duelo;  
Que en tí rodó su venturosa cuna,  
Por tí clamaba en el destierro impío,  
Y hoy condena la pérfida fortuna  
A suelo extraño su cadáver frío.  
De tus arroyos ¡ay! con su murmullo  
No darán á su sueño blando arrullo.  
¡Silencio! de sus hados la fiereza  
No recordemos en la tumba helada  
Que lo defiende de la injusta suerte.  
Ya reclinó su languida cabeza  
De genio y desventuras abrumada  
En el inmortal seno de la muerte.  
¿Qué importa al polvo inerte,  
Que torna á su elemento primitivo,

¿Ser en este lugar ó en otro hollado?  
¿Yace con él el pensamiento altivo?...  
Que el vulgo de los hombres, asombrado,  
Tiemble al alzar la eternidad su velo,  
Mas la patria del genio está en el cielo.  
Allí jamas las tempestades braman  
Ni roba al sol su luz la noche oscura,  
Ni se conoce de la tierra el lloro....:  
Allí el amor y la virtud proclaman  
Espíritus vestidos de luz pura  
Que cantan el Hosanna en arpa de oro.  
Allí el raudal sonoro  
Sin cesar corre de aguas misteriosas,  
Para apagar la sed que enciende al alma,  
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,  
Nunca este mundo satisface ó calma.  
Allí jamas la gloria se mancilla,  
Y eterno el sol de la justicia brilla.  
¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?  
El amor inconstante, la esperanza,  
Engañosa vision que lo extravia;  
Tal vez los vanos ecos de un renombre  
Que con desvelos y dolor alcanza;  
El mentido poder, la amistad fria;  
Y el venidero día  
—Cual el que espira breve y pasajero—  
Al abismo corriendo del olvido....  
Y el placer, cual relámpago ligero,  
De tempestades y pavor seguido....  
Y mil proyectos que medita á solas,  
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas.  
De verte ufano en el umbral del mundo,  
El ángel de la hermosa Poesía,  
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,  
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmuudo

Que tu sublime espíritu oprimia,  
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.  
No más, no más lamente  
Destino tal nuestra ternura ciega,  
Ni la importuna queja al cielo suba....  
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,  
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;  
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,  
Dejando un rastro fúlgido su paso!

---

AL PARTIR.

SONETO.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo  
La noche cubre con su opaco velo,  
Como cubre el dolor mi triste frente.  
¡Voy á partir!... La chusma diligente  
Para arrancarme del nativo suelo  
Las velas iza, y pronta á su desvelo  
La brisa acude de su zona ardiente.  
¡Adios, patria feliz, eden querido!  
¡Doquier que el hado en su furor me impele  
Tu dulce nombre halagará mi oído.  
¡Adios! Ya cruje la turgente vela....  
El ancla se alza.... el buque estremecido  
Las olas corta y silencioso vuela!

---

## GUSTAVO A. BECQUER.

Del salón en el ángulo oscuro,  
De su dueño tal vez olvidada,  
Silenciosa y cubierta de polvo  
Véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
Como el pájaro duerme en las ramas  
Esperando la mano de nieve  
Que sabe arrancarla!

¡Ay, pensé! ¡cuántas veces el genio  
Así duerme en el fondo del alma,  
Y una voz, como Lázaro, espera  
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

Los invisibles átomos del aire  
En derredor palpitan y se inflaman;  
El cielo se deshace en rayos de oro;  
La tierra se estremece alborozada;  
Oigo flotando en olas de armonía  
Rumor de besos y batir de alas;  
Mis párpados se cierran..... ¿Qué sucede?  
—¡Es el amor que pasa!

—Yo soy ardiente, yo soy morena,  
Yo soy el símbolo de la pasión;  
De ansia de goces mi alma está llena.  
—¿A mí me buscas?—No es á tí, no.  
—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,  
Puedo brindarte dichas sin fin,  
Yo de ternura guardo un tesoro.  
—¿A mí me llamas?—No; no es á tí.  
—Yo soy un sueño, un imposible,  
Vano fantasma de niebla y luz;  
Soy incorpórea, soy intangible;  
No puedo amarte:—¡Oh, vén, vén tú!

Hoy la tierra y los cielos me sonrien;  
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;  
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado:  
¡Hoy creo en Dios!

Voy contra mi interés al confesarlo;  
Pero yo, amada mía,  
Pienso, cual tú, que una oda sola es buena  
De un billete del Banco al dorso escrita.  
No faltará algún necio que al oírlo  
Se haga cruces y diga:  
«Mujer al fin del siglo diez y nueve,  
Material y prosaica....» ¡Bobería!  
¡Voces que hacen correr cuatro poetas  
Que en invierno se embozan con la lira!  
¡Ladridos de los perros á la luna!  
Tú sabes y yo sé que en esta vida,

Con genio, es muy contado quien la escribe;  
Y con oro, cualquiera hace poesía.

---

Asomaba á sus ojos una lágrima,  
Y á mi labio una frase de perdon;  
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,  
Y la frase en mis labios espiró.  
Yo voy por un camino, ella por otro;  
Pero al pensar en nuestro mútuo amor,  
Yo digo aún : «¿ por qué callé aquel día? »  
Y ella dirá : «¿ por qué no lloré yo? »

---

Dejé la luz á un lado, y en el bords  
De la revuelta cama me senté,  
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil,  
Clavada en la pared.  
¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme  
La embriaguez horrible del dolor,  
Espiraba la luz, y en mis balcones  
Reía el sol.  
Ni sé tampoco en tan terribles horas  
En qué pensaba ó qué pasó por mí,  
Sólo recuerdo que lloré y maldije,  
¡Y que en aquella noche envejecí!

---

En la clave del arco mal seguro,  
Cuyas piedras el tiempo enrojeció,  
Obra de cincel rudo, campeaba  
El gótico blason.

Penacho de su yelmo de granito,  
La hiedra que colgaba en derredor  
Daba sombra al escudo, en que una mano  
Tenía un corazón.  
A contemplarle en la desierta plaza  
Nos parámos los dos:  
Y « ese, me dijo, es el cabal emblema  
De mi constante amor. »  
¡Ay! es verdad lo que me dijo entónces :  
Verdad que el corazón  
Lo llevará en la mano.... en cualquier parte.  
Pero en el pecho, no!

---

Yo me he asomado á las profundas simas  
De la tierra y el cielo,  
Y les he visto el fin ó con los ojos,  
O con el pensamiento.  
Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,  
Y me incliné por verlo,  
Y mi alma y mis ojos se turbaron :  
¡Tan hondo era y tan negro !!

---

Alguna vez la encuentro por el mundo  
Y pasa junto á mí :  
Y pasa sonriéndose, y yo digo :  
¿Cómo puede reir?  
Luégo asoma á mi labio otra sonrisa,  
Y entónces pienso : — ¡Acaso ella sí sabe,  
Como me rio yo!

---

¡Olas gigantes que os rompeis bramando  
En las playas desiertas y remotas,  
Envuelto entre la sábana de espumas,  
Llevadme con vosotras!  
¡Ráfagas de huracan, que arrebatáis  
Del alto bosque las marchitas hojas,  
Arrastrado en el ciego torbellino,  
Llevadme con vosotras!  
¡Nubes de tempestad, que rompe el rayo  
Y en fuego ornais las desprendidas olas,  
Arrebatado entre la niebla oscura,  
Llevadme con vosotras!  
Llevadme, por piedad, á donde el vértigo  
Con la razon me arranque la memoria.....  
¡Por piedad!..... ¡Tengo miedo de quedarme  
Con mi dolor á solas!

Volverán las oscuras golondrinas  
En tu balcon sus nidos á colgar,  
Y, otra vez, con el ala á sus cristales  
Jugando llamarán.  
Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,  
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
Esas..... ¡no volverán!  
Volverán las tupidas madre selvas  
De tu jardin las tapias á escalar,  
Y otra vez á la tarde, aún más hermosas  
Sus flores se abrirán;  
Pero aquellas, cuajadas de rocío,  
Cuyas gotas mirábamos temblar  
Y caer como lágrimas del dia.....

Esas..... ¡no volverán!  
Volverán del amor en tus oídos  
Las palabras ardientes á sonar;  
Tu corazon de su profundo sueño  
Tal vez despertará;  
Pero mudo y absorto y de rodillas,  
Como se adora á Dios ante su altar,  
Como yo te he querido..... desengáñate,  
¡Así no te querrán!

Al ver mis horas de fiebre  
E insomnio lentas pasar,  
A la orilla de mi lecho,  
¿Quién se sentará?  
Cuando la trémula mano  
Tienda, próximo á espirar,  
Buscando una mano amiga  
¿Quién la estrechará?  
Cuando la muerte vidrie  
De mis ojos el cristal,  
Mis párpados aún abiertos,  
¿Quién los cerrará?  
Cuando la campana suene  
(Si suena en mi funeral),  
Una oracion al oír la  
¿Quién murmurará?  
Cuando mis pálidos restos  
Oprima la tierra ya,  
Sobre la olvidada fosa  
¿Quién vendrá á llorar?  
¿Quién, en fin, al otro dia,  
Cuando el sol vuelva á brillar,

De que pasé por el mundo  
¿Quién se acordará?

Cerraron sus ojos  
Que aún tenía abiertos;  
Taparon su cara  
Con un blanco lienzo;  
Y unos sollozando,  
Otros en silencio,  
De la triste alcoba  
Todos se salieron.  
La luz, que en un vaso  
Ardía en el suelo,  
Al muro arrojaba  
Las sombras del lecho;  
Y entre aquella sombra  
Veíase á intervalos,  
Dibujarse rígida  
La forma del cuerpo.  
Despertaba el día,  
Y á su albor primero  
Con sus mil ruidos  
Despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
De vida y misterios,  
De luz y tinieblas,  
Medité un momento:  
*« ¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!! »*  
De la casa en hombros  
Lleváronla al templo,  
Y en una capilla

Dejaron el féretro;  
Allí rodearon  
Sus pálidos restos  
De amarillas velas  
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
El toque postrero,  
Acabó una vieja  
Sus últimos rezos:  
Cruzó la ancha nave,  
Las puertas gimieron,  
Y el santo recinto  
Quedóse desierto.

De un reloj se oía  
Compasado el péndulo,  
Y de algunos cirios  
El chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
Tan oscuro y yerto  
Todo se encontraba.....  
Que pensé un momento:  
*« ¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!! »*

De la alta campana  
La lengua de hierro,  
Le dió, volteando,  
Su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
Amigos y deudos  
Cruzaron en fila,  
Formando el cortejo.

Del último asilo,  
Oscuro y estrecho,  
Abrió la piqueta  
El nicho á un extremo.

Allí la acostaron,  
Tapiáronle luégo,  
Y con un saludo  
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
El sepulturero  
Cantando entre dientes  
Se perdió á lo léjos.  
La noche se entraba,  
Reinaba el silencio.  
Perdido en las sombras,  
Medité un momento:  
*a ¡Dios mio, qué solos  
se quedan los muertos!!*

En las largas noches  
Del helado invierno,  
Cuando las maderas  
Crugir hace el viento,  
Y azota los vidrios  
El fuerte aguacero,  
De la pobre niña  
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
Con un són eterno;  
Allí la combate  
El soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
Tendida en el hueco,  
Acaso de frio  
Se hielan sus huesos!.....

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia,  
Podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo  
Que explicar no puedo,  
Que al par nos infunde  
Repugnancia y duelo,  
Al dejar tan tristes,  
Tan solos los muertos.

---

## JUAN AROLAS.

---

### FELIPE IV.

#### I.

Muy metido en el emboso  
Cruza un galán una calle,  
Cuando tan negra es la noche  
Que sus estrellas no salen:  
El ala de su sombrero  
Sobre la gorguera cae,  
Y las ondulantes plumas  
Viento y lluvia á la par baten.  
Tiénese bajo un balcón,  
Un pito de plata tañe,  
Y otro corresponde adentro  
Mientras una reja se abre.  
Rica en gracias y atavío,  
Poco tarda en presentarse